

samiento eterno del Padre. Todo pensamiento es la concepcion, la expresion de alguna cosa. Dios, pues, inteligencia infinita, contemplándose, concibe algo sustancial y perfecto como él mismo. Hé aquí su generacion y su parto: Engendra, pues, un Hijo perfecto, coeterno, consustancial con él, que es la figura de su sustancia (1), la imágen perfecta de Dios invisible, el espejo sin mancha de su majestad: en una palabra, Dios como el Padre, inmenso, omnipotente, santo como él.

Pasemos adelante. «Todo se hizo por el Verbo, y nada de cuanto fué hecho se hizo sin él.» (2) Jesucristo, Señores, Verbo de Dios, es el Criador de todas las cosas. Dijo, y todo fué hecho (3). Escuchad á Job: El extendió los cielos como un espejo de bronce. El hace brillar el oro del sol, y estableció las medidas de la tierra. La Sabiduría de Dios está oculta á los mortales, pero Dios conoce sus caminos. Cuando pesaba la fuerza de los vientos, y medía las aguas del abismo, cuando daba leyes á la lluvia, y señalaba su rumbo á las tempestades, entonces veía la Sabiduría, la encerraba en sí, y sondeaba su profundidad (4). Levantad los ojos al cielo, añade Isaías, considerad quién los ha criado; quién hace girar en tan buen orden la multitud de las estrellas; quién las llama por su nombre, sin que ninguna se le oculte: tan grande es la fuerza y el poder de esa palabra creadora (5). El Verbo es la razon de todo, la idea, el divino modelo de todas las cosas, el sosten de todo, dice San Pablo (6),

(1) Hebr. I, 3.

(2) Joann. I, 2.

(3) Psalm. XXXII, 9.

(4) Job. XXVIII, 26.—Prov. VIII.

(5) Isai. XL, 26.

(6) Colos. I, 17.

porque Dios lo mantiene todo con la palabra de su poder (1). Todo lo que brilla en el cielo, concluye San Agustin, todo lo que respira en la tierra, todo lo que vuela por los aires, todas las criaturas, los ángeles, los hombres son obra de la Sabiduría eterna, y el mundo es imágen del Verbo, como el Verbo es la imágen de Dios (2). ¡Qué medio tan poderoso para elevarnos á la contemplacion de la grandeza, de la sabiduría y del amor de Jesucristo! Las perfecciones invisibles de Dios se nos manifiestan, dice el Apóstol con el Sábio, contemplando sus obras (3). Todas nos cuentan su gloria, todas anuncian la obra de sus manos (4), todo nos revela á Jesucristo Dios, Hijo de Dios, Verbo eterno, creador de todas las cosas.

Pero sobre todas le revela y le anuncia el hombre. Objeto era de mi predileccion desde que ordenaba el plan del universo, dice por boca de Salomon, y mis delicias estar con los hijos de los hombres (5). Bien lo hizo patente cuando posponiendo á las demás naturalezas, dice San Pablo, se unió á la nuestra haciéndose hombre (6). Por ello en la creacion del hombre procede Dios de distinta manera que en la de los demás seres. Hagamos, dice como en consejo consigo misma la Trinidad

(1) Hebr. I, 3.

(2) Attende fabricam istam mundi: vide quæ sint facta per Verbum, et tunc cognosces quale sit Verbum..... ¿quis explicat verbis ornatum cæli? ¿quis explicat verbis fœcunditatem terræ? ¿quis digne collaudat temporum vices? ¿quis digne collaudat seminum vim? Ex fabrica ergo ista animadvertite, quale Verbum est per quod facta est; et non sola facta est..... Per illud Verbum et Angeli, et Archangeli facti sunt, Potestates, Sedes, Dominationes, Principatus: per illud Verbum facta sunt omnia; hinc cogitate quale Verbum est. (S. Aug., *Tract. I in Joann.*, cap. 1.)

(3) Rom. I, 20.—Sap. XIII, 5.

(4) Psalm. XVIII, 2.

(5) Prov. VIII, 31.

(6) Hebr. II, 16.

augusta, hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza (1). Sea, cuanto puede serlo una criatura, la expresion de nuestra naturaleza y de nuestros atributos entre las demás obras de nuestras manos: sea el representante de nuestro poder, de nuestra sabiduría y de nuestro amor: reuna en sí las perfecciones de todo lo criado con la imágen del Criador. Así dijo Dios, y así fué hecho el hombre; y el Verbo, cuyo amor no puede menos de dirigirse á su imágen, se complace de un modo especial en esta su obra. Sus delicias, dice, son los hijos de los hombres (2). Son su obra predilecta, sobre la que derrama con mas abundancia sus tesoros.

Todo cuanto tenemos de conocimientos, de fuerza, de accion, de gracias, de virtudes, lo debemos á ese amor del Verbo, que se complace en embellecer en nosotros su imágen. Su luz es mas necesaria á nuestro espíritu, que la del sol á nuestros ojos. Sin ella todo sería para nosotros confusion, todo tinieblas, y volvería nuestra alma á la nada, si le faltase la vida que recibe del Verbo. En él está la vida, él es la fuente de ella, y esa vida es la luz de los hombres, la luz verdadera que ilumina á todos los hombres que vienen á este mundo (3).

Así acaba San Juan el cuadro de las grandezas del Verbo, y de sus relaciones con las criaturas y con el hombre en especial. Rasgo magnífico que derrama luz inmensa en nuestra alma. El Verbo es la vida, la luz, la razon, y por lo mismo el principio fecundo de la grandeza y felicidad del hombre. ¿No está cifrada esta en la racionalidad, en la inteligencia, en la facultad de conocer, de sentir y de amar? Del Hijo de Dios, de Jesucris-

(1) Gen. I, 26.

(2) Prov. VIII, 31.

(3) Joan. I, 9.

to Verbo de Dios, lo recibe todo el hombre: él es quien ilumina y vivifica á todos los hombres (1). ¿Cómo, á pesar de la diferencia de costumbres y de lenguaje, separados por el espacio y por el tiempo, han podido hombres, que jamás se han visto ni concertado, conocer los principios de las ciencias y de las artes, las nociones de lo justo y de lo injusto, las ideas de órden y de belleza? ¿De dónde proviene esa concordancia? La luz del sol nos descubre á todos los mismos objetos, y nos hace ver los mismos colores y las mismas proporciones: ¿quién produce en las inteligencias el mismo efecto que el sol en los sentidos? El Verbo, la verdad, esa luz superior á todos los espíritus, esa belleza eterna, siempre pura é inmutable, esa verdad propia de cada uno y comun á todos. Esa razon, esa belleza, esa luz, esa verdad, es el Verbo Hijo de Dios, la luz increada, la luz celestial, que la carne y la sangre no ven; la palabra de Dios, la voz interior que habla á todas las inteligencias; y del mismo modo que sin el sol el mundo yaceria en las tinieblas y en la muerte, así sin el Verbo, el alma estaría sin calor, sin luz y sin vida. Concluyamos con San Agustin: el sér, la vida, la razon, la felicidad, nos vienen del Verbo. Ese Verbo es el Hijo de Dios: ese Hijo de Dios es Jesucristo (2).

Ahora bien, Señores. Al ver desenvuelto ante nosotros, é iluminado por la hermosa luz de la revelacion, ese cuadro de las grandezas de Jesucristo, al descubrirle en el seno del Padre desde la eternidad, objeto de sus

(1) Joann. I, 4.

(2) In ipso vita erat, et vita erat lux hominum, et ex ipsa vita homines illuminantur. Homo autem factus ad imaginem Dei, habet rationalem mentem, per quam possit percipere sapientiam: ergo illa vita per quam facta sunt omnia, ipsa vita lux est, sed lux hominum. (S. August., *Tract. I in Joann.*, c. I.)

divinas complacencias, Dios como el Padre, Criador de todo, luz, vida y fuente de felicidad para el hombre. ¿es posible que no nazca en nuestros corazones el sentimiento de los deberes que nos llevan á Jesucristo? ¿Cuáles son estos deberes? Es Dios, y á Dios solo se debe el honor y la gloria, dice San Pablo (1), á Dios solo la adoracion y el sacrificio (2). Es Dios eterno, infinito: ante él, la criatura es como si no fuese: *Substantia mea tanquam nihilum ante te* (3); debemos humillarnos en su presencia, y doblar la rodilla con todas las criaturas. Es el Hijo de Dios, la palabra de Dios, la verdad y la luz: debemos escuchar esa palabra como en el Tabor nos dijo el Padre (4); debemos guiarnos por esa luz, abrazar esa verdad. Es el Criador de todas las cosas: le debemos el tributo de ellas mismas, la bendicion y la accion de gracias por sus magníficos dones, la gloria que le resulta del uso santo y legitimo de ellas, conforme al fin que les señalara: debemos por ellas, que son un reflejo de su luz, y una imágen, aunque imperfecta, de sus perfecciones, elevarnos á la contemplacion de su bondad y de su amor (5). Es nuestra vida, nuestra luz, nuestro modelo: debemos vivir segun él, y trabajar en ser copias suyas; que para esto, dice San Leon, nos hizo á su imágen y semejanza (6). Es, en fin, la fuente de nuestra felicidad: debemos buscarla en Jesucristo, atrayéndole á

(1) Rom. XVI, 27.

(2) Matth. IV, 10.

(3) Psalm. XXXVIII, 6.

(4) Matth. XVII, 5.

(5) Rom. I, 20.

(6) *Inveniemus hominem ideo ad imaginem Dei conditum, ut imitator sui esset Auctoris: et hanc esse naturalem nostri generis dignitatem, si in nobis, quasi in quodam speculo, divinæ benignitatis forma resplendet.* (S. Leo, *Serm. de jejun.* dec. mensis.)

nuestro corazon; y esto, hermanos, lo conseguiremos amándole, ya que él nos dice: Si alguno me ama, el Padre le amará, y vendremos á su corazon, y allí pondremos nuestra morada (1). ¿Quién, pues, no le amará? ¿Quién, al contemplarle cual la fe nos le presenta, no se sentirá dulcemente comprimido á su amor para gozar la felicidad que nace de conocerle y amarle, esa felicidad que constituye la gloria del mismo Dios?

Tal vez hasta ahora no hemos cumplido esos deberes, ni gozado esa felicidad, por no haber levantado los ojos hácia Jesucristo para conocerle. No hacerlo en adelante sería un crimen inexcusable, el crimen echado en cara por San Pablo á los sábios y filósofos, que conociendo á Dios no le glorificaron como tal, no buscaron en él su felicidad, y se convirtieron á las criaturas miserables, mereciendo ser entregados por Dios á pasiones ignominiosas y á su réprobo sentido (2). Para no incurrir en tan terrible castigo, contemplemos y confesemos á Jesucristo Dios, y vivamos segun esta fe. Venid, nos dice el Profeta, venid, adorémosle, y postrémonos ante él, porque es nuestro Dios, que nos ha criado; porque es nuestro Señor, y nosotros la obra de sus manos (3). Escuchemos dóciles sus palabras. El Verbo de Dios nos habla por sí mismo, ilustrando nuestra razon; por sus revelaciones, contenidas en los libros santos; por sus criaturas, que son su obra, y nos hablan de él; por su doctrina y por sus ejemplos, haciéndose hombre; por su Iglesia, en fin, y por sus ministros, á quienes ha dicho: El que á vosotros oye, á mí me oye (4): como el Padre me envió á

(1) Joann. XIV, 23.

(2) Rom. I, 28.

(3) Psalm. XCIV, 6.

(4) Luc. X, 16.

mí, os envió yo á vosotros. Escuchemos su palabra, y busquemos en ella la solución de todas nuestras dudas. Vivamos unidos á él, vivamos de su vida, que se dignó manifestarnos haciéndose semejante á nosotros. Respetémosle en su nombre, en su doctrina, en sus Sacramentos; y poseídos del sentimiento de nuestra pequeñez y de su grandeza, de nuestra miseria y de su bondad, adorémosle implorando los tesoros de su caridad infinita. Amémosle, en fin, y su amor sea nuestra vida, para que seamos una misma cosa con él, haciendo que se oiga en la tierra el cántico de adoración y de gracias, que resuena eternamente en el cielo: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, bendición, honor, gloria y poder por los siglos de los siglos (1).

(1) Apoc. V. 13.

TERCER SERMON.

Jesucristo en la Encarnación: Dios-Hombre, restaurador de todas las cosas en el cielo y en la tierra.

Verbum caro factum est.

(Joann. I, 14.)

AYER, Señores, estudiamos la primera página del libro misterioso, página de gloria escrita con caracteres de luz por el Apóstol de las revelaciones, por San Juan, que, según nos dice la tradición, abismado en éxtasis profundo en la contemplación del sublime objeto que quería delinear en su Evangelio, cuál águila que se remonta sobre lo que alcanza la débil vista del hombre, al primer esfuerzo atraviesa la noche de las edades, se transporta más allá de los tiempos y de los mundos para buscar al que ha hecho los mundos y los tiempos, abarca esa duración inmensa que llamamos eternidad, y en la que el ser tiene una plenitud siempre igual, sin sucesión, sin cambio, sin vicisitud; descubre al Verbo en el seno del Padre, Dios como él, Criador de todo, vida de los seres, luz de las inteligencias, y prorrumpe en esa palabra sorprendente que encabeza su libro: En el prin-